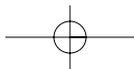


MARIQUITA SÁNCHEZ



BIOGRAFÍAS ARGENTINAS

colección dirigida por
GUSTAVO PAZ y JUAN SURIANO

GRACIELA BATTICUORE

MARIQUITA SÁNCHEZ

Bajo el signo de la revolución



Batticuore, Graciela
Mariquita Sánchez : bajo el signo de la
revolución . - 1a ed. - Buenos Aires : Edhasa,
2011.
320 p. ; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-628-134-8

1. Sánchez de Thompson,
Mariquita.Biografía.
CDD 921

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: agosto de 2011

© Graciela Batticuore, 2011
© Edhasa, 2011
Córdoba 744 2º C, Buenos Aires
info@edhasa.com.ar
http://www.edhasa.net

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona
E-mail: info@edhasa.es
http://www.edhasa.com

ISBN: 978-987-628-134-8

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Gráfica Pinter S. A.

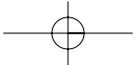
Impreso en Argentina

ÍNDICE

Prólogo	11
Capítulo 1. En perspectiva.....	17
1. Escribir.....	17
2. Cuando la vida era triste y monótona	23
3. Tesoros virreinales	26
4. La ignorancia colonial.....	30
5. El derecho a elegir.....	38
6. Historia de un juicio	43
7. Bajo el signo de lo nuevo.....	50
Capítulo 2. La patria.....	63
8. Patriotas de la primera hora	63
9. La casa del Himno.....	72
10. Sobre un lienzo	82
11. Tribulaciones de un patriota.....	88
12. Altamar	92
13. Nuevas alianzas.....	97
Capítulo 3. La casa	105
14. Una Buenos Aires modernizada.....	105
15. La casa en el mapa	110
16. Decorados	117
17. La casa en la historia.....	125
18. Interiores.....	128
19. Las tramas del poder.....	134
20. Intrigas diabólicas	146
21. Rosas y Mariquita: dos viejos conocidos	156
Capítulo 4. El trato	171
22. Desde el exilio.....	171

23. Médica de corazones.....	173
24. Bagatelas	178
25. La escritora y su público.....	187
26. La escuela del trato: cartas y salones	194
27. Los libros y las lectoras.....	200
 Capítulo 5. Los papeles.....	 207
28. Corresponsalías políticas	207
29. Cartas robadas	214
30. Cronista de una guerra imposible	215
31. Los trabajos y los días.....	226
32. Pasiones	233
33. Libertad, libertad.....	236
34. Ideas y tendencias	238
35. Ilustrada y romántica	243
 Capítulo 6. Los gastos	 249
36. Mendigando fortuna.....	249
37. Cuentas	254
38. Pérdidas	260
39. Legados	266
40. Cajas y cajoncitos	270
41. Hilachas	274
42. Un golpe de suerte	279
43. El paraíso	286
 Apéndice. Mariquita doméstica	 291
1. Recetas y obsequios.....	291
2. La casa en el tiempo.....	300
 Bibliografía	 303
Agradecimientos.....	313

Para Jorge Veleiro.
Y para Lucio Veleiro.



Prólogo

Estamos acostumbrados a pensar en Mariquita Sánchez como un personaje vinculado al pasado nacional, a la historia. Se sabe de ella que fue una mujer prominente de comienzos del siglo XIX, asociada a la vida política y a las maneras en que se concebía y se practicaba la política en el Buenos Aires de esa época. De hecho, una de las imágenes suyas quizá más recordadas hasta hoy es la que la muestra entonando el Himno Nacional Argentino en el marco de una tertulia llevada a cabo en su casa porteña de la calle Florida, allá por el año 1813, cuando López y Planes junto a Blas Parera encontraban letra y música para la primera melodía nacional. Puede decirse que aquel cuadro –pintado en el Centenario por el artista chileno Pedro Subercaseaux y que se exhibe actualmente en el salón principal del Museo Histórico Nacional– corona todo un imaginario acerca de Mariquita, que venía labrándose desde hacía algunas décadas atrás y que la erige como una figura representativa del patriciado argentino. Más concretamente, como una de aquellas damas de la elite que colaboraron con la causa revolucionaria donando sus joyas o cosiendo escarapelas. Para un argentino promedio, el nombre de Mariquita Sánchez remite hoy día a esos referentes.

Sin embargo, el compromiso de Mariquita con la revolución no concluye en un par de anécdotas pintorescas. E incluso, su faceta de mujer politizada no se agota en el contexto de Mayo sino que está presente antes y después en la cultura argentina: por ejemplo, podemos verla entusiasmada y activa ante la movilización que se produce en la sociedad porteña con la llegada de los ingleses al Río de la Plata, en 1806 y 1807; moderna y comprometida con la causa rivadaviana en la década de 1820, cuando fue elegida como Presidenta de la Sociedad de Beneficencia (la primera institución gubernamental liderada por mujeres); o emprendiendo más tarde el camino del exilio junto a J. M. Gutiérrez, J. B. Alberdi, E. Echeverría, D. F. Sarmiento y la camada de escritores románticos con los que dialogó de igual a igual y compartió muy estrechamente la oposición al gobierno de Juan Manuel de Rosas. Y todavía después de Caseros, ya

casi octogenaria, podemos reencontrarla en Buenos Aires colaborando con la política educativa del general Urquiza. O sea que está casi siempre inmersa entre círculos que se sienten a la vanguardia de su época y cuyos miembros la consideran como una colaboradora y una *interlocutora* valiosa: un *referente* entre los suyos, *la única mujer letrada de comienzos de siglo* que estaba calificada para opinar.

Mariquita consigue ese reconocimiento a través del dominio de una sociabilidad que sabe ejercer con arte a lo largo de su vida, preferentemente puertas adentro de su casa: organizando tertulias, reuniendo personalidades locales o extranjeras, ejerciendo una “influencia civilizadora” que prestigia y da razón de ser a la anfitriona. Así concebida, la casa familiar está lejos de ser un reducto meramente privado: en su interior se forjan amistades valiosas y se consolida una férrea red de vínculos que sostiene las relaciones con el poder en diferentes etapas de su vida. Por eso mismo es que la casa reclama por parte de su dueña un gran esfuerzo: inversiones, capital, y un trabajo cotidiano e intenso. De hecho, montar y desmontar casas o soñar con ellas fue una constante en la vida de Mariquita Sánchez: en especial la casa emblemática de la calle Florida donde nació y murió ocho décadas más tarde. Y que fue sede del Consulado Francés en Buenos Aires hacia finales de 1820, cuando su dueña estuvo casada (en segundas nupcias) con el francés Jean Baptiste Washington Mendeville. Juntos se encargaron de refaccionarla y remodelarla “a la moderna”. Pero también se ocupó Mariquita ferientemente de las otras casas que fue cambiando más tarde y arreglando después de cada mudanza: las que habitó en Montevideo durante los largos años en que vivió exiliada en aquella ciudad. E incluso la que albergó durante su estancia temporaria en Río de Janeiro a fines de la década del cuarenta. Y también la casa que nunca llegó a tener en París, adonde mandó muebles y objetos esperando volver a unirse a Mendeville, después de que su carrera diplomática lo decidiera a partir definitivamente del Río de la Plata.

La casa la representa a Mariquita adonde quiera que vaya: “La casa es la vida”, escribió en alguna de sus cartas. Y la frase sintetiza bastante bien la relevancia de este asunto, que permite recomponer la biografía de Mariquita Sánchez desde una perspectiva que presta singular atención a los aspectos *materiales* de su historia personal: los gastos, los consumos, las deudas, el dinero. Vale decir, los recursos que nece-

sitó –y de los que se valió– esta mujer para sostener su posición social y política e ir labrando, a su vez, un perfil de mujer letrada fuertemente abocada a la esfera cultural y literaria. En este sentido, veremos que sus competencias tampoco se agotan en la arena política.

Por el contrario, Mariquita fue también una *escritora* prolífica: de cartas, de memorias, de diarios y poesías. Una escritora que no alentó la publicación de sus escritos ni la fama literaria. Aunque ocasionalmente soñara con una obra o un proyecto personal: “Escribir la historia de las mujeres de mi país”, le cuenta a su hija. Y más tarde, ante la publicación de un libro de su amigo Gutiérrez le confiesa: “Yo habría pensado y deseado hacer esa obra, es decir, hubiera querido saber hacerla, y para consolarme de mi impotencia, me decía: y ¿quién la leerá?”. En parte, la ambigüedad de Mariquita en este punto se explica en el hecho de que ella supo ser, a un tiempo, *ilustrada* y *romántica*: esto es, amante de la “razón” y la “moderación”, muy propias del siglo de las luces. Pero también sensible a los ideales estéticos que marcaban el rumbo de las nuevas tendencias literarias en el Río de la Plata, y que llegaban de la mano –y la pluma– de amigos dilectos: Esteban Echeverría, Domingo Faustino Sarmiento, José Mármol o el propio Juan María Gutiérrez, entre otros. Junto a ellos –y pese a la diferencia generacional– Mariquita fue parte de la *troupe* de “jóvenes” que intentaron llevar adelante la “revolución romántica” en el Río de la Plata.

Su inclinación por “lo nuevo” la hizo *moderna* aún cuando no dejaba de mirar con admiración el siglo XVIII europeo: precisamente, la cultura de los salones franceses donde otras afamadas anfitrionas de antaño departían con filósofos y literatos, creando un ambiente de ideas alternativo al que imperaba en la corte. El ambiente donde empezaba a emerger una opinión *crítica* e *independiente* respecto de la monarquía. *En ese espejo se mira Mariquita* y ésa es la tradición a la que imaginariamente suscribe cuando crea el clima de sus propias tertulias, a un lado o al otro del Río de la Plata. Puede decirse, en este sentido, que ella supo tomar lo mejor de la herencia iluminista y reubicarla en el cambiante escenario que se abre en las colonias americanas después de la Revolución francesa. Un escenario donde se impone un cambio de paradigma político que trastoca radicalmente el orden a las costumbres y la vida cotidiana.

En el caso particular de Mariquita, la ruptura con los códigos de la vida virreinal (y la sintonía con las “nuevas ideas”) se manifestó en ella

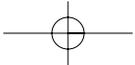
muy tempranamente: por ejemplo cuando decidió entablar un juicio de disenso contra su madre, para reclamar al Virrey Sobremonte que la autorizara a casarse con el hombre que ella había elegido por marido y al que su familia desdeñaba por ser un candidato poco conveniente. Ese hombre era el joven Martín Thompson, que algunos años después integraría el elenco de la Primera Junta de Gobierno. Puede decirse que con sus escasos 16 o 17 años, Mariquita se adentraba ya en la traza de una nueva mentalidad que concebía el “honor” en sintonía con la “libertad”, el “saber”, los “derechos” del individuo (aunque éste fuera mujer). Son estas nociones y valores –tan tributarios de la revolución: la que ya había acontecido en Francia, la que sobrevendría poco después en el Río de la Plata, incluso la que intentarían más tarde los románticos– los que fueron forjando la sensibilidad política e intelectual de Mariquita, y guiándola en muchas decisiones a lo largo de su vida.

Una anécdota: cuando en 1852 Rosas es derrocado en Caseros, Mariquita escribe a sus íntimos celebrando la victoria. Está emocionada, exultante, esperanzada por el futuro que se abre ante sus ojos: “me parece que estoy en el año 10”, le escribe a su hija mientras le pide que le envíe cintas celestes y blancas a Montevideo. La promesa de *libertad* y *derechos*, en cualquier circunstancia que sea, se asocia al mundo de la revolución. Aunque Mariquita por supuesto haya hecho lo propio fuera del escenario donde se libraron las batallas, y aunque sus intervenciones buscaran mitigar *con palabras* el violento accionar de la lucha armada: la conversación, la *civilité*, ese fue su ámbito de competencia. La revolución es para Mariquita sobre todo un conjunto de creencias y valores que funcionan a la manera de una usina que, ante cada acontecimiento importante de la historia personal o de la patria, vuelve a girar y a hacer lo suyo. En otras palabras, sus ideales encarnan a menudo en el semo de la “revolución”.

Como puede observarse, esta biografía intenta no solamente aproximarnos más profundamente al personaje: conocer sus ideas, descubrir sus ilusiones, sondear las confidencias con los íntimos, asistir a los diálogos epistolares con amigos y amigas que revelan detalles, palabras, modos de decir y sentir que vuelven a Mariquita más próxima y palpable. Se trata, además, de visualizar a través suyo los zigzagueantes lazos que entreveran *público* y *privado*, las formas cambiantes que adoptan las prácticas políticas a lo largo de su vida y del siglo. Pero también

se trata de hurgar en la dimensión cultural y literaria, para comprender que en aquellas primeras décadas de la centuria *convivieron* modos y expectativas diferentes de ser escritor/a: una más ligada al pasado dieciochesco, que valoraba el público selecto del salón. Otra más *aggiornada* y moderna que nacía con el romanticismo y reclamaba “originalidad”, “genio” creativo, y derechos de “propiedad” sobre la obra. El caso de Mariquita Sánchez muestra que las fronteras entre esas dos modalidades son porosas. Y por eso, neoclásicos o románticos la admiraron por igual y la eligieron como una *interlocutora* que podía encarnar como ninguna otra de su tiempo el arte de la sociabilidad: *la cultura del trato*. Un arte que prometía a la vez utilidad y gracia a sus cultores. Y que, como mostraremos a lo largo de este volumen, siguió funcionando como ideal civilizador durante gran parte del siglo XIX.

Buenos Aires, mayo de 2011



Capítulo 1

En perspectiva

“Estos países eran sujetos con grillos de oro y la mayoría ni comprendía que estaban presos...”

ESCRIBIR

Promediando la década de 1860, es decir hacia el final de su vida y ya octogenaria, Mariquita Sánchez se decide a escribir un relato que, según ella misma asevera, venía siéndole reclamado por amigos y allegados desde hacía tiempo. Se trata de una suerte de crónica sobre el pasado colonial, sus costumbres, su anecdotario de la vida pública y privada que ella conoce bien, por haber nacido en 1786, un 1º de noviembre, y haberse criado en el Buenos Aires del último cuarto del siglo XVIII.

Hija de una criolla bien conocida en su medio y de un acaudalado comerciante español, María Josepha Petrona de Todos los Santos Sánchez de Velazco, más conocida como Mariquita, fue la niña mimada de sus padres que eran ya bastante adultos al verla nacer: su madre, doña Magdalena Trillo y Cárdenas, tenía entonces cuarenta y un años. Cuatro menos que don Cecilio Sánchez Ximénez de Velazco, con el que se había casado en segundas nupcias hacía quince años. Hija única de la pareja y heredera de toda la fortuna familiar tras la muerte de su medio hermano Fernando (fallecido a los doce años, fruto del primer matrimonio de la madre con Manuel del Arco y Sodevilla), Mariquita creció en la célebre casona de la calle del Empedrado, entre Cuyo y San Martín.¹

Allí se desarrollarían los acontecimientos más importantes de su vida: los días de la infancia y la primera juventud, el nacimiento de los ocho hijos que fueron el fruto de sus dos matrimonios, las tertulias que

alimentaron el clima revolucionario de 1810 y volvieron célebre a la anfitriona, la sociabilidad política que animó la residencia durante los años en que ésta fue sede del Consulado de Francia a fines de la década del veinte y comienzos de la siguiente, cuando Mariquita estuvo casada con Jean Baptiste Washington Mendeville. Se trata de la misma casa que en tiempos de adversidad política desafió, con su trajinar de visitas a veces “sospechosas”, la vigilante mirada de la mazorca; sobre todo en los años previos a 1838, cuando finalmente la dueña decidió secundar al exilio a muchos de los amigos ya emigrados. Con todo, Mariquita volvería a esa morada una y otra vez, ya sea para instalarse en ella esporádicamente –aun en tiempos de Rosas– o definitivamente hacia el final de su vida, cuando decidió pasar rodeada de los suyos y entre aquellas paredes que albergaban los recuerdos de la infancia, sus últimos años.

Pero de estos y otros asuntos personales la cronista habla poco o nada en las memorias que escribe hacia 1860; aún cuando, como veremos, la sensibilidad político partidaria que animó a Mariquita a lo largo de la vida se filtra en su visión del mundo y de las cosas al momento de escribir. En cambio, en esas páginas ella se dedica, sí, a trazar un panorama tan somero como incisivo del pasado colonial, que después de más de cinco décadas de convulsionada vida republicana comienza a resultar lejano para la conciencia de las generaciones más jóvenes, entre las que Mariquita contaba numerosos adeptos. Es precisamente esto último lo que la decide a escribir un cuaderno de memorias que –según se sabe por tradición familiar– estuvo originalmente dedicado a ilustrar la curiosidad de un joven amigo: don Santiago Estrada, porteño veinteañero (hermano de otro querido interlocutor de Mariquita: José Manuel Estrada) quien por esos días visitaba diariamente la antigua casona de la calle Florida. Él es el mentado lector de esa obra, al cual la memorialista se dirige en segunda persona desde los primeros párrafos:

Cuánto tiempo hace que me pides una noticia sobre lo que eran estos países antes de la venida de Beresford. No sólo tú, sino muchos de mis amigos han insistido con empeño sobre esto. Pero para escribir se necesita lo que no tengo, el espíritu libre, tranquilidad al menos para no ser interrumpido a cada momento y otro carácter que el mío. Pero cedo a tus reflexiones, y escribo sólo pa-

ra ti, sin método ni orden; aprovecharé los pocos momentos de mi tiempo que me dejen mis ocupaciones y te contaré lo que crea te puede divertir o interesar.²

El tono directo y a la vez confidencial de estas líneas iniciales que estuvieron extraviadas durante años –y que no están incluidas en la primera edición de los *Recuerdos del Buenos Aires virreynal*– introduce en el relato una cantidad de cuestiones que sin dudas estaban dando vueltas en la cabeza de Mariquita al momento de sentarse a escribir, y que ella pronuncia más o menos sesgadamente: cómo acotar el objeto de la narración y no dispersarse (la época previa a las invasiones inglesas, únicamente de eso le interesa hablar), cómo satisfacer al lector con un relato que será producto de la evocación espontánea del pasado pero no del trabajo sosegado o la dedicación (no tiene tiempo, ni tranquilidad; no están dadas las condiciones necesarias para escribir bien).

Pueden entreverse en estas líneas las autoexigencias y los temores, tanto como los pretextos que adopta la cronista para eludir los juicios severos que en su época todavía solían esgrimirse contra las mujeres que se atrevían a enarbolar la pluma en pose de escritoras: a ella le falta lo necesario para llevar adelante esta tarea que, bien hecha, requiere concentración y calma interior. De tal modo concibe Mariquita el oficio de escritor/a y, al menos en parte, habrá que creerle porque, efectivamente, esas condiciones resultan muy difíciles de conseguir para una mujer *de trato* como ella. Una mujer que aun anciana está siempre ocupada en organizar tertulias, en mantener relaciones con personalidades notables del ambiente local e internacional. A menudo asumiendo un rol de “mediadora” entre amigos o conocidos, para facilitar encargos o abastecer los propios intereses y los de su familia. Desde luego, una mujer así debe estar al día de todo lo que se escribe en los periódicos y lo que dicen los libros que comentan los amigos del círculo. También debe ocuparse de sostener una profusa correspondencia epistolar que a menudo la agota porque resulta interminable. Y de atender los compromisos institucionales con la Sociedad de Beneficencia, institución pública en la que Mariquita tiene desde su fundación un protagonismo decisivo, y en la que durante los últimos años de su vida se desempeña nada menos que como Presidenta (1866-1867). Todas esas son las “ocupaciones” cotidianas de Mariquita desde hace años: se trata, en suma,

de un *quehacer* que acota el tiempo y la disponibilidad, que constriñe la escritura definiendo *el tono sintético, panorámico* de la narración. Es a esto a lo que alude subrepticamente en la advertencia inicial que hace a Estrada.

Y aunque su interlocutor lo sabe de antemano porque conoce bien a la cronista, ella prefiere recordárselo y poner de relieve sus antecedentes personales, las *condiciones en las que, no obstante, se decide a escribir el texto de las memorias*. Lo hace para justificar las posibles falencias u omisiones pero también porque espera de su amigo un reconocimiento o una valoración justa por la tarea emprendida, que ella sólo se atreve a confiar a los más próximos. Es decir: desde la perspectiva de Mariquita, ese reconocimiento sólo puede dispensarlo un lector idóneo, capaz de comprender el verdadero sentido de esa frase inquietante, decididamente contradictoria, con la que arrancó el relato: “para escribir se necesita lo que no tengo”.

A ese lector lo encontró Mariquita en Santiago Estrada y en tantos otros contemporáneos que ponderaron fervientemente su manera de conversar o escribir. Seguiría encontrando esa clase de lectores también en el siglo XX, que la convirtió póstumamente en “autora” cuando un descendiente del joven Estrada se decidió a publicar aquellas memorias guardadas entre los archivos de familia durante poco menos de una centuria: fue Santiago Liniers de Estrada quien asumió la tarea de transcribir el texto y recomponerlo, asignando diversos subtítulos a las partes y un título general a la obra, lo que le permitió convertir el viejo cuaderno manuscrito en libro: *Recuerdos del Buenos Aires virreynal* lo tituló en 1953, al publicarlo bajo el sello de la editorial Ene. Tan solo un año antes Peuser había publicado un corpus importante de cartas de Mariquita hasta entonces inéditas, y un diario político escrito durante su exilio montevideano (fechado en 1840/1841) y dedicado a su joven amigo Esteban Echeverría, que permanecía aún en Buenos Aires. Muy probablemente fue esa edición la que decidió a Santiago Liniers de Estrada a sacar a la luz el viejo manuscrito.³

Puede decirse así que la impronta de una Mariquita “autora” es una invención del siglo XX. Si como se ha comenzado a pensar más o menos desde el romanticismo a esta parte, el autor/a es un individuo que escribe y *publica* (en el sentido de que *hace imprimir* su obra), Mariquita no llegó a concebirse a sí misma de tal modo sino que fueron